

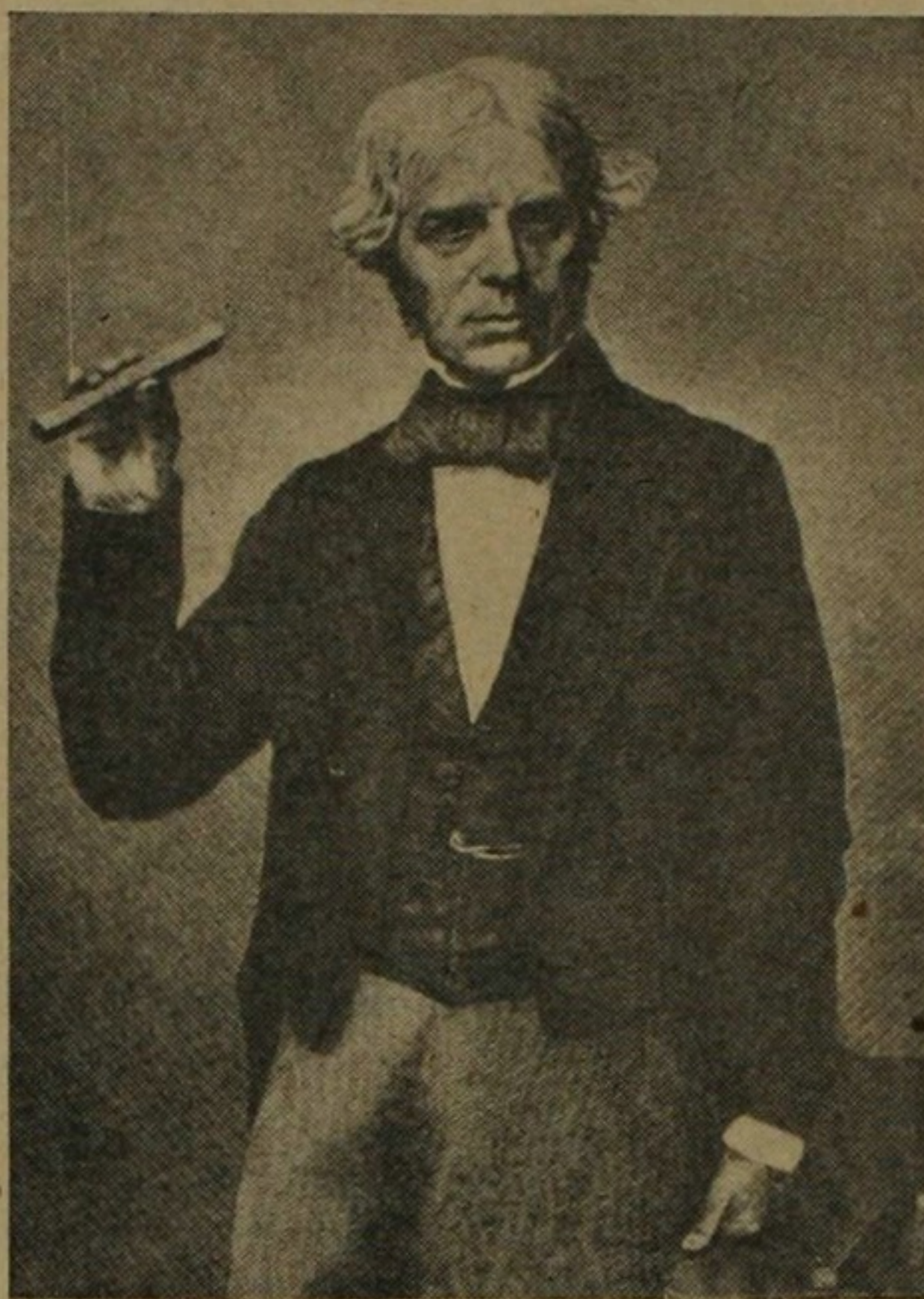
Estampas

En el homenaje a Faraday, genial investigador

— Colaboración directa —

Nuestra curiosidad ha dado hoy con la imagen de Miguel Faraday en el relato del homenaje que le preparan para este mes de setiembre los hombres de ciencia del mundo. Se ajusta el siglo del más grande de los descubrimientos del filósofo inglés, del filósofo de la experimentación que dió al mundo por millares las investigaciones. El Faraday que creó en nuestra admiración John Tyndall⁽¹⁾ es el Faraday que baila con deleite siempre que realiza un buen experimento. ¡Y cuántos ordenaba su genio creador! De modo que a baile por conquista científica, sus cuarenta y cinco años de investigador fueron de alegría pura e infantil. Las páginas de Tyndall las leímos hace muchos años y el volverlas a leer nos asegura el gusto por un relato sin artificios. Tyndall amó y comprendió a Faraday y es el mejor guía que puede darse al joven que quiera saber cómo trabajó un investigador grande. Porque hay, como en todo, investigadores grandes y pequeños. De los últimos no hay que ocuparse si no es para decir que no los alienta la inspiración que crea capacidades. Los países reducidos necesitan hacer con severidad la diferencia, porque cuando se da en llamar sabio a un hombre, pronto la superstición envuelve esa vida con graves riesgos para la investigación. La vanidad humana cunde ligera y es usual el caso de esos sabios que se quedan con el nombre mientras la sabiduría vuela hacia otros confines. Se les ve en la tarea más odiosa, que es la del pontífice.

¿Qué problema, qué cuestión de la vida de un país no roza en cuanto es agitada, las aristas del pontificador? Y como la superstición que es ignorancia está lista a agarrarse de esos pareceres, el resultado es el exterminio de la deliberación que dá libertad, que dá juicio propio. Faraday fue, pues, investigador genial y nunca quiso ser otra cosa que investigador. Queremos expresar así que no lo preocuparon inquietudes que pudieran alejarlo de su camino fecundo. Y sin embargo vivió la vida sencilla de cualquier hombre. Estaba convencido de que cuanto más simplicidad en el trato con las cosas mayor desembarazo para caminar entre ellas. Y él necesitaba romper con todo lazo, ser siempre Miguel Faraday. La fama llegó de todas partes a cantarle sus salmos y a traerle la corona que lo hacía príncipe de los investigadores de su tiempo. Pero sin soberbia, sin satanismo, sopló aquel cortejo ruidoso y le dió otra dirección. Quiso esa fama encaramarlo en la presidencia de la *Royal Society* y él no se dejó atrapar por la institución que oficializa la ciencia. Es ante todo un investigador y así quiere conservarse. A su amigo Tyndall que va rogarle que acepte aquel



Miguel Faraday

severo honor, le responde: "Debo permanecer hasta el fin Miguel Faraday".

Y como Miguel Faraday lo recuerda el mundo de la investigación científica al llegar al siglo su descubrimiento de la electricidad generada por la fricción de magnetos y bobinas. Grande y profunda investigación la que realiza Faraday después de diez años de meditar y ensayar. Un día el profesor danés Oensted descubre que la aguja magnética es desviada por una corriente eléctrica. Para los hombres de ciencia aquello es el punto de partida de una nueva investigación. Faraday aplica su visión. Si la electricidad—cita de W Kämpfert,—se pregunta Faraday, puede tener el efecto extraordinario sobre el magneto, ¿puede el magnetismo excitar electricidad en un alambre? Se le pregunta y trabaja hasta poner a bobinas y magnetos en relación tan cordial que atraigan las fuerzas de la naturaleza y las vuelvan electricidad. Momento en que alboreó una transformación del mundo. La electricidad aparece generada por un procedimiento enteramente nuevo, por el dinamo que tiene en su entraña el secreto de dominar una energía tremenda.

El hombre sencillo que se regocijaba cuando la atmósfera hacía su estrépito de rayos y truenos, cuando el sol moría en su ocaso diario, volvía de un universo mostrando la fuerza que debía transformar la vida del hombre. Y la daba sin aspavientos. Sabía lo que traía y sin embargo no se detuvo a explicar ni a contemplar su creatura. Su camino está a medio andar y como no vino a coger parálisis regresa al laboratorio en

donde mil investigaciones más lo esperan sumisas. La electricidad abierta ya a la conquista humana, no podía volver a la libertad que Faraday le había arrancado. Estaba domada para menesteres de una humanidad que debía evolucionar. Faraday le ponía el eslabón que no da jamás liberación. Y allí la tenemos hace un siglo ya, desarrollándose y poniéndose al servicio de los pueblos. Sólo que al cabo de ese siglo, cuando los investigadores se agrupan para recordar a Faraday, no podrían decirle que su gran obra centenaria ha crecido y sigue creciendo como auxiliar del espíritu y de la carne del hombre. Faraday no pudo concebir jamás que la electricidad que arrancaba al misterio, la entregaba para que los hombres padecieran por ella esclavitud negra e infame. La suya fue una vida pura y consagrada a servir abnegadamente a su prójimo. ¿Cómo es entonces que la electricidad lleva trazas de ser un azote? En los días grandes en que el mundo va a recordar a su descubridor, a su aprisionador entre bobinas y magnetos, es saludable todo pensamiento que lleve a la reflexión en el gran peligro que nos espera. Paguemos a Faraday el bien que nos hizo, pero no con aspavientos ni bellaquerías. Si nos dió electricidad copiosa fue para verla circulando por todos los sitios en donde el hombre cumple su vida fecunda. Faraday querrá de nosotros cuenta exacta del destino que vamos dando a la electricidad. Pues a dársela sin engaños. Cada pueblo que le dé esa cuenta minuciosa. ¿Podrán los pueblos de la América nuestra decir que no hay amenaza desatada contra su electricidad? Ojala pudieran, porque no hay otra manera de ser fieles a la devoción que debemos al investigador genial que hizo lo que hizo por los pueblos del mundo.

Pero lo seguro es que muchos no podrán hablar de su electricidad con libertad. La codicia del Norte ha venido arrollando en ímpetu satánico la electricidad de la América nuestra. No nos hemos dado cuenta al siglo apenas, de que no es sino hasta ahora que la electricidad va a ser la fuerza del porvenir. Como fuerza del porvenir nos la dió Faraday generada en aparato genial. Y parece que nos hubiéramos cegado para entregarla a los conquistadores de una nación impetuosa. Esos conquistadores sí saben lo que adquieren y se echan desaforados sobre estos pueblos miserable y mal gobernados. Poco a poco realizan su obra malvada y cuando las necesidades de una civilización nueva nos pongan a vivir en la era de la electricidad, entonces, acosados por una esclavitud, seremos la presa de los conquistadores yanquis.

No se puede mirar a Faraday como investigador, pasivamente. Lo oponemos al falso sabio, al pontificador de estos pueblos

(Pasa a la página 188.)

(1) Véase el tomo publicado por la *Every Man's Library*, titulado *Experimental Researches in Electricity* by Michael Faraday. Introduction by John Tyndall.